

COMO UNA
FLOR ENTRE LAS
ROCAS

COMO UNA
FLOR ENTRE LAS
 ROCAS

AMPARO BALBUENA

*La Educación
Sentimental*

© Editorial Vestales, 2007

Diseño de cubierta e interiores: Buenaestrella

*A mi hija Clara,
por saber antes que yo misma
que tenía que escribir esta historia.*

Balbuena, Amparo
Como una flor entre las rocas, 1ª ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Vestales, 2007.
288 p.: 15 x 22 cm. (La educación sentimental)

ISBN 978-987-21470-7-5

1. Narrativa Española. I. Título
CDD E863

ISBN: 978-987-21470-7-5

Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Nota de la autora

En julio de 2005, me encontraba de vacaciones con mi familia en el sur de Francia. La región que visitábamos se conoce como el Languedoc y abarca una serie de poblados y ciudades que forman una medialuna que desemboca en el Mediterráneo. Esta zona del sur francés fue, durante mucho tiempo, independiente del norte. Estaban más en contacto con España, con Aragón más precisamente, que con los nobles francos. La proximidad no era tan solo geográfica, sino también lingüística. El idioma occitano que se hablaba en el Languedoc (Languedoc, de hecho, quiere decir “lengua del oc” o “lengua del sí”) era mucho más cercano al aragonés y al catalán que al francés medieval.

Recorrimos con gran placer junto a mi marido, Reiner, y mi pequeña hija, Clara, las ciudades medievales de Carcasona y Tolosa. También pasamos varios días en ciudades de lo más variadas. El Languedoc tiene la extraña propiedad de poseer todos los paisajes. Desde las montañas alpinas nevadas en Ax-les-Thermes a los bosques en torno a Carcasona. Desde la Montaña Negra hasta el mar tan cercano a Narbona. Nos encantaba la región con sus castillos del medioevo, con sus cálidos habitantes y con su historia a flor de piel.

Fue en Béziers cuando la denominación que ya había escuchado tantas veces comenzó a llamarme la atención: los cátaros. El guía de turismo, un languedociano que había vivido mucho tiempo en Munich y que hablaba un alemán extraño (debo aclarar que Rainer apenas habla inglés y que, por eso, todos los tours que tomamos tienen que estar hablados en su alemán natal, idioma que yo domino a la perfección) nos contó acerca de la matanza de los cátaros en Béziers. Su relato fue tan vívido que yo podía ver cómo habían sucedido las cosas.

Cuando terminó la visita, y porque yo misma trabajé como guía de turismo muchos años en Madrid, me acerqué a agradecerle el compromiso que había puesto en su trabajo. Se lo decía como colega.

No siempre se pueden encontrar guías dispuestos a relatar con pasión, sino más bien están aquellos que enumeran con voz monótona una larga lista de monumentos y lugares históricos. El guía, entonces, comenzó a contarme de los cátaros, tema que lo apasionaba. Habían surgido como una secta más entre las que se llamaban “dualistas” y pronto se habían impuesto por la simplicidad de sus creencias. Para los cátaros, el mundo no era una gran “sala de espera” para un juicio final que decidiría sobre la salvación o la condena. Para ellos, el mundo era una condena en sí mismo y la obra de un ser maligno. Todo lo material formaba parte de la obra de este ser maligno. El dios que adoraban era etéreo, luminoso y despreocupado por las cosas materiales y, por lo tanto, no le importaba si alguien hacía el amor sin estar casado o tenía amigos de otras religiones. Dependía de cada uno querer salir de este mundo que era el verdadero castigo y acceder al etéreo y luminoso espacio de su dios. Para ello, se debía llevar una vida de abnegación y privaciones (no comer carnes porque se trataba de algo material, no tener relaciones sexuales, etc.). A los que se consagraban a esta vida se los llamaba *perfectos*. Debían, previamente, recibir el único sacramento cátaro: la *consolamentum*. Los que no llevaban esta vida no eran juzgados, simplemente volvían a este mundo que era un castigo en sí mismo. Los que participaban de la fe sin comportarse como *perfectos* eran los *credentes*.

El guía se había apasionado y continuaba con su relato. Yo lo escuchaba atenta y ansiosa por saber más. Me dijo que los cátaros creían en la igualdad entre el hombre y la mujer, ya que cualquiera podía haber sido en una vida anterior hombre o mujer y podría serlo, indistintamente, en una próxima.

Le pregunté por qué los cátaros habían despertado tanto encono por parte de la Iglesia en Roma. La respuesta fue sencilla, pero contundente. Por un lado, al ser este mundo el castigo en sí y no un tránsito, la idea del pecado quedaba abolida. No había nada pecaminoso, sino tan solo una elección, la de salvarse o no. Quien elegía salvarse, debía observar ciertas reglas. Pero quien no las observaba no era considerado un pecador que merecía una admonición. La Iglesia de Roma fundaba su autoridad en juzgar qué era pecado y qué no y los

cátaros la desafiaban. Por otro lado, el rechazo de la materialidad que proponía el catarismo atacaba a los impuestos, base de la riqueza de la Iglesia, y a las fastuosas iglesias y vestimentas de los obispos.

Me pareció sensato y lógico lo que el guía me contaba. No me pareció extraño que el Papa lanzara una Cruzada contra los cátaros, ni tampoco la brutalidad con que habían atacado a Béziers. Más de veinte mil personas muertas. Una ciudad arrasada.

Me despedí de mi colega y le agradecí nuevamente su compromiso para con la tarea que desempeñaba. Mi marido y mi hija me aguardaban impacientes.

Esa noche en el hotel, convencí a Rainer de quedarnos unos días más. Quería seguir conociendo la tierra de los cátaros.

Esa noche, también, no podía concentrarme para contarle el cuento que siempre le contaba a mi hija antes de que se durmiera. Ella me miró a los ojos y me dijo que no importaba, que podía seguir pensando en el cuento que me había dicho el guía esa tarde. Supe que ella tenía razón. Que seguía pensando en los cátaros. Y que debía escribir esta historia.

PRÓLOGO



Béziers, 1209.

A SEDIAR UNA CIUDAD LLEVABA TIEMPO Y TENÍA SUS PASOS OBLIGADOS. Primero, un ejército que acampara fuera de las murallas y un motivo para sitiarla. Segundo, atacar el suministro de agua para que los habitantes de la ciudad, que no podían salir ya que sus enemigos acechaban afuera, tuvieran menos capacidad de resistencia. Tercero, accionar complejos mecanismos para poder penetrar en la ciudad amurallada. Uno de esos mecanismos era una máquina llamada “gata”, que auxiliaba en la tarea de romper las gruesas murallas. La gata estaba hecha de madera y funcionaba como un carro: un techo de troncos con un piso que lo imitaba en su forma y composición. Entre esos dos enormes estantes se escondían los expertos en albañilería y carpintería que acompañaban al ejército que esperaba el momento de la acción. Usaban el dispositivo de la gata para acercarse a las murallas sin resultar muertos por las flechas que llovían desde las almenas de la ciudad fortificada. Muchas veces tenían que rociar la parte superior de la máquina con sangre de animales que cazaban especialmente durante el combate para que las flechas encendidas no prendieran fuego el aparato. Una vez que cruzaban el foso, los expertos en albañilería comenzaban a cavar los cimientos de las murallas para debilitarlas. Cuando la pared parecía que podía caer, la sostenían con listones gruesos y duros que los carpinteros disponían hábilmente. No dejaban que la pared

cayera, sino que la apuntalaban y la rellenaban con paja, tela, sebo y grasa para poder incendiar el pasadizo que habían cavado. Si todo había sido dispuesto correctamente, la pared caía violentamente hacia adentro y hería o mataba a varios de los enemigos. Después llegaba la irrupción de los soldados y el combate cuerpo a cuerpo.

Asediar una ciudad era un trabajo de paciencia. Y Béziers no iba a ser la excepción. O tal vez sí.

* * *

Se había reunido un ejército variopinto para sitiar la ciudad. El ataque había sido convocado por el papa Inocencio III como una Cruzada y los soldados habían llegado de todas partes para cumplir con su obligación. Asistir a una Cruzada era obligatorio por cuarenta días por lo menos. Para el que no lo hacía, pesaba la pena de excomunión. Por lo que todos los señores y nobles participaban.

—¿Se decidieron a entregar el listado?

—No.

El que preguntaba era Arnaud Amaury, líder espiritual de la Cruzada en el Languedoc, región mediterránea de lo que hoy es Francia y antes una tierra autónoma.

—Dicen que no entregarán a sus vecinos y conciudadanos.

—Entonces deberemos entrar y todos pagarán.

Prepararon la gata y el asedio comenzó a transformarse en una realidad.

* * *

La Cruzada se había desatado para combatir una herejía. El Papa estaba convencido de que en el Languedoc, en esa medialuna de poblados que desembocaban en el Mediterráneo, había florecido una nueva creencia y que sus fieles se extendían y amenazaban al catolicismo. Esos herejes eran los cátaros. Nadie podía precisar con exactitud cómo había surgido esa secta, pero todos conocían sus principios.

Sus seguidores predicaban que este mundo era invención de un ser maligno y que todo lo material estaba corrupto: daba igual si se trataba de un árbol, de un animal o de una persona. Todos tenían algún grado de corrupción. La salvación era posible por medio de una vida de ayunos y abstinencias. El que se salvaba viviría junto a Dios en un mundo inmaterial, etéreo. A los que podían acceder a la salvación se los conocía con el nombre de *perfectos* y debían recibir el único sacramento que tenían los cátaros: la *consolamentum*. A los demás, a los que participaban de la fe, pero que no llevaban una vida de privaciones, se los identificaba como *credentes*. Los otros, los que no eran *perfectos*, estaban condenados a reencarnar y volver a vivir en la Tierra, es decir en el mundo creado por el maligno entre la corrupción de lo material. Entonces, poco importaba lo que se hiciera: no hacía falta casarse o prohibirse tener relaciones sexuales o abstenerse de comer. O la vida ascética era total y la persona se salvaba o no valía la pena intentarlo. Uno debía llevar una vida de privaciones para obtener la salvación, pero si no lo hacía no era reprimido, ni castigado, ni adoctrinado. Su único castigo consistía en la reencarnación. Y eso bastaba. Los cátaros, entonces, proponían una liberalidad que alteraba a la Iglesia de Roma. Incluso creían que las mujeres no eran distintas de los hombres: cualquier mujer podía haber sido hombre en una vida pasada y cualquier hombre podía reencarnar en forma de mujer en una vida futura.

Pero lo verdaderamente revolucionario de la creencia cátara era que estaban en contra de las fastuosas vestimentas y joyas de los obispos, porque significaban muestras de materialidad y, por sobre todas las cosas, estaban en contra de los impuestos. Eso había hecho que la Iglesia se fijara en ellos y no para hacer amistad precisamente. Por otro lado, a los nobles de la región esa situación les permitía cobrar tasas no autorizadas por la Iglesia y hacía que sus fortunas crecieran. Y por eso no querían reprimir a los fieles cátaros que vivían en sus tierras. Les convenía esa tolerancia religiosa. Les convenía no enemistarse con su propia gente.

Mucho antes de decidir lanzar una Cruzada contra la región, el Papa, cansado de la herejía, envió algunos delegados para obtener de los nobles locales un compromiso de que reprimirían a los cátaros.

Los nobles más importantes de la zona, el conde Raimundo VI de Tolosa y el conde Trencavel, no solo no reprimieron, sino que ignoraron el mensaje que venía de Roma. Incluso se sospechó que Raimundo había mandado a matar a uno de los embajadores papales.

Fue esta la excusa para desatar la Cruzada y para justificar la presencia de tropas cristianas en las tierras del Languedoc.

* * *

Raimundo VI de Tolosa, un hombre holgazán para la guerra, que había anexado más territorios por matrimonio que por batallas, pidió perdón al Papa, huyó del ataque y se unió a los cruzados. Estos decidieron que, en vez de atacar la Tolosa de Raimundo, atacarían Béziers y Carcasona, ciudades en tierras de Trencavel, quien se sintió traicionado y empujado a una lucha que no quería.

En julio de 1209, el ejército cruzado se preparaba para el sitio de Béziers. Trencavel, el señor de la ciudad, se había ido a Carcasona, donde residía, para armar un ejército y volver a defender Béziers. Confiaba en que las murallas iban a poder contener a los cruzados el tiempo suficiente para que él volviera con su propio ejército. Los pobladores tenían miedo y ansiedad, pero sabían que las altas almenas y muros los protegerían y que era muy difícil dejarlos sin agua, situación excepcional, porque dominaban el río Orb con elevadas fortificaciones, lo que hacía que pudieran resistir un tiempo prologado.

Arnaud Amaury, el jefe religioso de la Cruzada, había pedido que no dudaran en matar a los herejes cátaros que vivían en la ciudad.

—¿Cómo reconoceremos a los cátaros de los que no los son? —quisieron saber los líderes de la Cruzada.

—Dios salvará a quien no sea hereje. Los demás deben morir. No nos toca a nosotros diferenciar a un hereje de uno que no lo es.

En la tranquilidad del campamento, un joven caballero, escuchaba con desconcierto esas palabras. No era ese el espíritu por el que

había ido a luchar. No era ese el espíritu de la Cruzada. Creía profundamente en su deber como cristiano y había partido hacia la batalla con apenas quince años. Cinco años de luchas sin descanso en tierras árabes no habían logrado menguar su ánimo ni su fe. Sin embargo, cuando escuchaba a Amaury hablar de esa manera, dudaba de si eran esos hombres los verdaderos representantes de la fe o si tan solo eran emisarios de sangre del poder del oro. Las luchas políticas entre los señores y las intrigas políticas lo tenían sin cuidado y, sin embargo, le parecía que en esa Cruzada que estaba por desatarse había más intrigas y luchas de los hombres que una misión de Dios.

El joven se llamaba Ramiro de Zaragoza y estaba a cargo de un grupo de mercenarios. Se trataba de ladrones de caminos y vagabundos que, a cambio de que se les permitiera saquear una vez finalizada la batalla, estaban dispuestos a arriesgar la vida sin preguntar cuál era el motivo de la guerra. Los tenía bajo control y eso le costaba bastante trabajo, porque no poseían ningún tipo de disciplina ni respeto por la autoridad. Simplemente bebían todo el vino que podían, comían todo lo que les permitía su estómago y hablaban a los gritos. Sin embargo, el joven caballero había encontrado la fórmula para tenerlos a raya.

—Queremos atacar —decían divertidos los hombres.

—Tú no puedes atacar a nadie, eres como una niña.

—Cállate —uno de los hombres se abalanzó sobre el otro.

—Cállate tú, niña.

—Te prenderé fuego, cuando comience el saqueo.

—Y yo te arrancaré los ojos y te venderé como prostituta a un mercader cátaro.

—¡Basta ya! —gritó Ramiro. Su voz era imponente. Nadie podía pensar que se trataba de un muchacho el que hablaba con esos hombres. Su aspecto físico parecía el de un gigante. Alto, fornido y con unos brazos tan musculosos que se veían como torres de una ciudad amurallada.

Ramiro iba a misa todos los días junto a un caballero que había conocido en Oriente, un noble menor de la zona de París al que había conocido en Palestina y que se llamaba Simón de Montfort. De todos modos, su aspecto de hombre de fe no hacía que el joven caballero fue-

ra mirado sin respeto por los mercenarios. Su estatura desmedida, su capacidad para soportar el peso de la armadura sin quejarse nunca y su resistencia para beber vino hacían del joven español uno de los caballeros más respetados de ese grupo heterogéneo que se había reunido en las afueras de Béziers para la Cruzada.

Pero no todas las divisiones en las que había mercenarios reinaba la calma. Algunos de ellos se escaparon del campamento y comenzaron, debajo de las murallas de la ciudad, a provocar a los habitantes que los miraban impotentes y furiosos por las burlas que les lanzaban a los gritos.

—¡Cátaros! ¡Herejes!

—¡La muerte los espera del otro lado de las murallas!

—¡Las mujeres de Béziers se entregan a cualquier hombre!

Con esas palabras se burlaban de la ciudad, de la orgullosa Béziers que sabía que podía resistir el asedio por sus murallas. La noticia de la provocación de esos hombres corrió por todos los barrios y casas. Como no había jefe militar ni político en la ciudad, los que se sintieron injuriados tomaron al toro por las astas y decidieron salir a enfrentar a ese grupúsculo que los desafiaba sin ningún pudor.

Los provocadores estaban semidesnudos, gritaban insultos y se bañaban en el tramo del río Orb que bordeaba la ciudad. Uno de ellos, incluso, avanzó sobre el puente como si tan solo se necesitara eso, la decisión de avanzar, para entrar en la ciudad. Esto último fue el colmo. Un grupo de jóvenes de Béziers decidió que tenían que darles una lección a esos ladronzuelos que conocían y evitaban siempre. Recogieron algunas armas, palos, piedras y un estandarte y abrieron la puerta de la ciudad decididos a aleccionar a los burlones. En medio de la trifulca, los primeros mercenarios recibieron los golpes, pero los otros lograron guarecerse y avisar al ejército cruzado que las puertas de la ciudad estaban abiertas y que la suerte los amparaba: si lograban traspasar ese umbral estarían dentro de la ciudad sin tener siquiera que asediarla.

Los cruzados se lanzaron al ataque frente a los ojos incrédulos de los jóvenes que habían salido a defender un honor que ya no les servía de nada. Los ciudadanos que observaban la pelea desde el otro lado de las murallas veían cómo el orgullo de Béziers, ciudad que nunca

antes había sido violada por un ejército sitiador, ahora era avasallado con fuerza y en menos de un día.

Era el 22 de julio, día de María Magdalena.

* * *

Asediar una ciudad era una forma digna de ganar una guerra. Saquear, quemar y matar a mansalva a una población indefensa no lo parecía tanto. No se podía decir que había luchas en las calles: simplemente, los habitantes de Béziers se limitaban a correr incrédulos y horrorizados.

Los mercenarios comenzaron a apoderarse de todos los bienes que podían transportar. Sin embargo, los señores desde sus caballos con estandarte los obligaron a dejar las cosas: ellos les dirían qué y cuándo saquear algo. Los mercenarios, al ver que su recompensa estaba en manos de los nobles que la querían para sí, decidieron que si no la podían tener ellos, no la tendría nadie y comenzaron a incendiar todo lo que estaba a su paso.

Los guerreros seguían concentrados en la orden del líder religioso Amaury: matar a todos los habitantes, Dios iba a salvar al que no fuese hereje.

* * *

La gente de Béziers buscaba escapar por alguna parte. Se había abierto una grieta en una muralla posterior, luego de mucho esfuerzo y algunos tropiezos, a base de concentrar todas las energías y armas de la ciudad. Se había corrido la voz y todos se atropellaban para poder huir y salvar sus vidas.

Los soldados cruzados habían tardado en entender lo que sucedía, y finalmente se habían dirigido a la zona por donde escapaban y continuaron allí la masacre convencidos de que la fuerza divina los acompañaba. Otros se dispusieron en las calles que convergían hacia el muro donde estaba la grieta para no dejar pasar a nadie.

La ciudad estaba devastada después de varias horas de combate. El humo de las casas incendiadas enceguecía y hacía toser tanto a los habitantes de Béziers como a los cruzados.

De a poco, la noche había tendido su manto oscuro sobre la ciudad. El mar cercano a la ciudad parecía el rugido de algún monstruo enfermo de ira. Las llamas en cada una de las casas y el castillo y los mercados le daban un tono terrible.

Los gritos y las corridas se habían comenzado a acallar para darle paso a los sollozos y gemidos.

Ramiro había combatido como un león y había hecho todo lo que se esperaba de él. Se había apostado en las partes de la ciudad en las que había una pequeña resistencia: comerciantes y gentes de los gremios que habían podido reunir palos, dos o tres lanzas y muchas piedras. A él le parecía un grupo fácil de atacar, pero prefería luchar por lo menos contra alguien que le presentara combate. Los demás tan solo perseguían y mataban a gente asustada que corría por las calles. Hacer eso no le parecía muy ligado a Dios y no lo creía para nada digno de un caballero como él.

Cuando los focos armados se terminaron, el joven guerrero intentó refrenar el impulso destructivo de los mercenarios. Lo logró solo con los que tenía a su mando, sin embargo cabalgó por toda la ciudad con la intención de evitar que quedara reducida a ruinas. Pensaba en las palabras del enviado del Papa, pero no estaba de acuerdo con eso de matar indiscriminadamente. Lo había hecho porque era la orden que tenía, pero cada vez que su espada caía con fuerza sobre algún supuesto hereje, algo en sus facciones se estremecía. Tal vez nadie lo notara porque su yelmo le cubría la cara. Era un casco metálico, plateado, que tenía dos arcos que enmarcaban los ojos y una columna pintada de rojo que ocultaba su nariz recta que dividía su rostro. Algunos de los golpes que había recibido en las diversas luchas se marcaban en las abolladuras del yelmo y algunas cicatrices que le habían infligido los moros recorrían su espalda. No se había dado cuenta del dolor cuando en Jerusalén lo habían atacado por detrás.

Podía, sin embargo, percibir el dolor de los habitantes de Béziers abandonando sus casas y tratando de ocultarse de un enemigo que,

con la excusa de la fe, no mostraba ningún tipo de piedad con ellos. Veía ese dolor y su rostro se contraía. Era un gesto instintivo, involuntario. Sin embargo, él cerraba los ojos frente al dolor ajeno. No tenía problema en batirse con otro soldado, con un infiel, con otro ejército, pero le parecía una crueldad perseguir a mujeres y niños.

La figura del joven español se veía desde lejos: su estatura era descomunal y su yelmo brillaba bajo el sol. Muchos de los soldados cruzados lo habían usado incluso como un punto de referencia dentro de la ciudad, como si él fuera una almena más del paisaje.

Ahora, con la luz que se había extinguido, su casco casi no brillaba cuando reflejaba a las tenues llamas que se apagaban sobre los escombros de lo que antes habían sido casas y talleres.

Vio a un grupo de mercenarios que corrían detrás de una mujer y una niña de no más de diez años. La mujer sangraba en un costado y los hombres la corrían con la intención de matarla. El español azuzó a su caballo y fue directamente hasta el grupo. Se interpuso entre ellos y las mujeres. Ellas continuaron corriendo y giraron por una callejuela a la derecha sin que se le escaparan de la vista al joven guerrero. Les habló a los hombres que parecían desahogados y les gritó en su lengua que se retiraran.

—¡Basta ya! ¡Yo me ocupo de las mujeres!

Uno de ellos quiso enfrentársele, mientras los otros miraban expectantes.

—¿No me has oído? Vete. Y tus compañeros también.

Lo hicieron a regañadientes. El que se había parado enfrente quiso atacarlo, pero sus amigos lo contuvieron acobardados frente a la figura del español, cuya sombra los sumía en un cono de penumbra.

Cabalgó por donde habían doblado las mujeres y las alcanzó enseguida. Les pidió que se calmaran. Les dijo que quería ayudarlas. La mujer dudó. Hizo un gesto de dolor y se tomó el costado derecho del cuerpo, apenas sobre la pierna. De allí salía una mancha de sangre que empapaba su vestido. La niña, sin embargo, se acercó sin reparos.

—¿Cómo piensa ayudarnos? —preguntó.

—Quiero sacarlas de la ciudad. No creo que puedan sobrevivir de otra manera.

—¿Por qué lo hace? —interrumpió la madre con la voz un poco quebrada, pero firme y decidida. No se quejaba de su herida y no parecía una persona quebradiza y frágil.

—No lo sé. —No mentía; simplemente no tenía en claro el por qué de su necesidad de auxiliarlas, solo sentía un ineludible impulso de rescatarlas—. Suban, las llevaré fuera de la ciudad.

La mujer volvió a dudar. Por un lado se le presentaba un soldado imponente que le daba órdenes para salvarles la vida. Por el otro, sin embargo, podía darse cuenta de que el caballero, detrás de ese yelmo y a pesar de que parecía haber estado en muchas batallas, no tenía más de veinte años. Buscó con la mirada hacia dónde escapar y quiso asir de la mano a su hija, pero no pudo: la niña corrió y se subió al caballo sin pensarlo. Se abrazó a la armadura caliente del caballero.

—Ven, madre. Vayámonos de una vez.

La mujer resopló un poco confundida e hizo el esfuerzo de trepar al corcel. El joven español se quedó quieto, sin saber qué hacer. Luego buscó en su talego una capa negra y se la colocó sobre los hombros y cubrió a las mujeres con ella.

Cabalgó por la ciudad con lentitud. Ellas apenas se movían. Sentía cómo la niña se aferraba a su armadura y cubrió los brazos que asomaban con las alforjas. Se acercó como si estuviera monitoreando a las tropas que ya habían dominado la zona de la abertura en las murallas por las que se fugaban los habitantes de Béziers. Llegó hasta el lugar y se agachó para poder pasar con el caballo. La grieta era ancha como para que pasaran dos personas juntas, e igualmente alta. Pasó por allí y les dijo a los guardias que habían quedado apostados que iba a patrullar para intentar atrapar a los que se habían fugado. Alguno quiso acompañarlo, pero él lo frenó.

—Debo ir solo. Si ven a más personas, se asustarán y escaparán.

Galopó hasta el límite del bosque que estaba hacia el oeste de la ciudad. Allí se detuvo. Descendieron los tres y, cuando estuvieron sobre la tierra, la mujer abrió la boca en un gesto de asombro frente a la estatura y lo corpulento del joven.

—Les dejo el caballo. La Cruzada seguirá, seguramente, en Carasona. No vayan a allí.

—Gracias —dijo la mujer.

El muchacho intentó hablar, pero no lo hizo. Buscó en sus alforjas unas telas y le aplicó un rudimentario torniquete sobre la herida.

—Conviene que la lave varias veces y que descanse, en la medida de lo posible. —Le entregó otros retazos que tenía para que pudiera practicarse curaciones. Se acomodó el yelmo: no quería que le vieran el rostro.

—Nuevamente gracias. Mi nombre es Helena. Espero alguna vez poder retribuirle lo que ha hecho por nosotras.

La niña se había apeado del caballo y jugaba sin preocupaciones sobre el pasto. No tendría más de diez años. No podía escuchar lo que decían.

—Mi nombre es Ramiro, señora. Trate de ganar algunos kilómetros por la noche y luego descanse. Tendrá que reponerse para estar bien.

Se saludaron desde lejos. La niña agitó su mano con fuerza y le sonrió. Mientras se alejaba con su madre, giró su rostro para ver la figura de su salvador. Pasaron muchos metros hasta que dejó de verlo. No se movió en todo ese tiempo.

Ramiro se quitó, entonces, el casco y se hizo un golpe con una piedra. Volvió a la ciudad y dijo que lo había asaltado una horda de ciudadanos hambrientos y enojados. Todos creyeron la historia.

* * *

Helena no le hizo caso al soldado. Cabalgó toda la noche y todo el día. Apenas se detuvo para que su hija bebiera y comiera las pocas frutas que pudo procurarle en el camino. Iban hacia Montailou, un poblado rodeado de bosques y montañas, que tenía una amplia comunidad cántara. Los *perfectos*, líderes de la religión, se habían refugiado cerca de allí, en Montségur, una fortaleza en la cima de una montaña. Helena conocía a Blanche en Montailou, una amiga con la que compartían la

fe. Blanche dirigía un hogar de mujeres cáticas. Le parecía un lugar seguro y apropiado para criar a su hija.

Helena viajó dos días sin dormir para poner a salvo a su pequeña. Apenas se ocupó de su herida, ni cambió las vendas. Cuando llegó a Montailou, preguntó por Blanche y la condujeron hasta la enorme casa que la mujer dirigía y que estaba llena de mujeres que profesaban la fe cátera. Helena golpeó la puerta, la recibió su amiga:

—Esta es mi hija Laetitia —dijo antes de desmayarse.

La acomodaron en una cama y una Laetitia muda se acomodó a su lado y la tomó de la mano inerte. Las mujeres revisaron bajo las ropas la herida. Vieron que se había infectado, a pesar del torniquete. Limpiaron la zona y observaron que habían anidado algunos insectos que asomaban curiosos y huían frente a las curaciones que le practicaban a la mujer.

Laetitia se quedó toda la noche sin dormir, tomando de la mano a su madre. Miraba la herida sin cesar, como si quisiera memorizarla, como si esa fuera la manera de practicarle las curaciones que no podía darle a su madre. No conocía a nadie más en el mundo. No conocía esa nueva ciudad. Miraba la herida como una forma de sanar a quien más quería.

El sueño la venció cerca de la mañana. La despertaron los ruidos y gritos apagados de las mujeres que le anunciaban que su madre había muerto.